

## *Prólogo*

Cuando hace una década sentí la necesidad de meditar —esto es lo que significa la palabra Zen: meditar—, no me resultó especialmente difícil encontrar instrucciones sobre cómo comenzar. Además, mi hermana mayor llevaba tiempo haciéndolo y me dio las indicaciones precisas: «Te sientas mirando hacia la pared con las manos en el regazo, las palmas hacia arriba, la izquierda dentro de la derecha y los dedos gordos rozándose en la punta, te callas la boca y tratas de respirar con normalidad. Al principio te vas a sentar en el borde de una silla con las piernas ligeramente abiertas, pongamos quince minutos todos los días; luego, si aguantas, puedes sentarte con las piernas cruzadas sobre un cojín y tratar de llegar a la media hora. Entonces, te diré cómo se respira bien. Es maravilloso, pero no te vuelvas loco ni te creas especial por hacerlo».

Así pues, comencé a meditar. Y fue maravilloso. Me cambió la vida, o mejor dicho, cambió mi modo de ver la vida. Lo único que existe es este presente en el que navegamos entre un pasado cambiante y un futuro impre-

visible. La realidad está ahí, siempre al alcance de nuestra mano, y lo que cambia son las interpretaciones que hacemos de ella, el cuento que nos contamos. El Zen es el mejor método que el ser humano ha encontrado para poder disfrutar de ese cuento sin sufrir demasiado por él, la mejor manera de dejar de ser un actor enloquecido que se cree su personaje.

~

El problema surgió cuando quise estudiar la literatura Zen. No hubo demasiadas complicaciones con respecto a la teoría y la historia, pues aunque hay miles de libros malos, escritos por gurús de pacotilla, disponemos de los excelentes libros del japonés Suzuki y del americano Alan Watts. El obstáculo lo encontré cuando quise leer los llamados cuentos Zen. Estas historias, que se han transmitido de manera oral desde hace milenios —ya que muchos son anteriores al mismo Zen—, se los contaban los maestros a sus alumnos en los monasterios Zen. Contrariamente a la tradición occidental, en la cual los cuentos suelen ser moralizantes o ejemplos de conducta, los cuentos Zen no tienen moraleja. Por regla general, no pretenden hacernos reflexionar ni que obtengamos enseñanza alguna. Tampoco pretenden lo contrario. La intención de estas historias es crear en el oyente un vacío, una pequeña grieta en el muro de sus opiniones por la que este puede asomarse a la realidad. Si nuestra identidad no es más que un disfraz de opiniones infundadas que nos protege de lo desconocido, pero también la

fuelle de casi todos nuestros sufrimientos emocionales, estos cuentos tratan de lograr lo mismo que la meditación: detener el monólogo interior que llamamos pensamiento y permitirnos ver el escenario. Son cuentos que no admiten réplica ni comentario. Cualquier respuesta resulta ridícula.

El caso es que, aunque hay muchísimos libros y antologías que recogen cientos de estos cuentos, la gran paradoja es que, siendo el Zen enemigo de las convenciones, la literatura que se ha escrito en Occidente sobre él está llena de clichés envejecidos y lugares comunes, de todo eso que los buenos maestros Zen llamaban «basura Zen». Nombres impronunciados, reyes olvidados y ciudades que hace siglos que no existen adquieren una importancia que por entonces no tenían. Elementos estéticos que en Oriente y en su momento eran comunes y cotidianos, en Occidente se convierten en exóticos, al igual que esos Budas que decoran las discotecas de medio mundo desde Tailandia a Cancún. Comportamientos y conductas normales allí, aquí se ritualizan y se transforman en una representación. Lo anecdótico se vuelve lo importante. Gran parte del Zen se desfigura y se metamorfosea en lo que el Zen más odia: la afectación. Además, estaban tan mal escritos o traducidos que el simple hecho de leerlos era una tortura. Pero, aun así, cuando lograba quitar las sucesivas capas de tópicos y estereotipos que habían aprisionado el cuento original, cuando lograba extraer el fósil poético de la roca de los lugares comunes, este conservaba toda su fuerza. Y así fue como comencé

a escribir mis propias versiones de mis cuentos favoritos para mi propio uso, y que ahora presento a los lectores bajo el título de *En el cielo, una nube*.

~

En algunos casos mi versión es muy sencilla y lo único que hice fue quitar todo lo que no hacía más que estorbar y distraer. En otros, me serví de mi oficio de escritor para restaurar y potenciar partes importantes que en mi opinión se habían perdido con el paso de los siglos. A veces fusioné varios cuentos en uno. Otras, lo contrario. De vez en cuando, cree un cuento nuevo a partir de una frase o anécdota especialmente significativa. En definitiva, hice lo que consideraba correcto tratando siempre de ser sincero. En todos los casos, recogí unos cuentos que son de toda la humanidad y los hice míos con la intención de liberarlos de su propia personalidad envejecida y devolverlos —listos para vivir en este siglo y este tiempo— a la humanidad.

Pero, como me pedía mi hermana, creo que no me he vuelto loco. Lo que he hecho es algo que la literatura y el arte en general no dejan de hacer: contar el cuento que ya conocíamos de otro modo para volver a disfrutarlo. De eso va todo. Eso es la existencia humana.

Espero que los disfrutéis tanto como los disfruto yo.

MANUEL ASTUR

Sama de Grado, 1 de septiembre de 2022